

V. EPÍLOGO. A MANERA DE CONCLUSIÓN

También en la oscuridad hay claro

(Heidegger)

Sacar algunas conclusiones en este breve espacio no es una tarea nada sencilla, máxime si tenemos en cuenta que el asunto tratado en este lugar ha tomado matices diversos. Incluso las palabras finales del capítulo anterior nos han dejado una sorprendente pregunta: *¿por qué la nada y no más bien el ser?* ¿Cómo dar una respuesta a esta cuestión? Y, lo que es más importante, ¿dónde podremos ver realizada, de manera real, los posibles tratamientos a los que se llegue tras la respuesta?, ¿cómo guardarnos que tales tratamientos no se reduzcan a simple “humo coloreado” (Nietzsche [Zaratustra], 1984, p. 56) y nada más? No parece haber elección, resulta necesario buscar una cura. Empero, ¿es aún posible esta? Antes de dar respuesta a estas cuestiones es oportuno pronunciarse acerca de la radiografía que aquí se ha esbozado, pues, solo desde allí se podrá formular, como se ha dicho, un posible alivio.

Lo primero que se ha reconocido es el hecho indiscutible de que nuestro objeto por tratar es un fenómeno muy escurridizo: *el nihilismo*. Y no solo porque le atañe una dimensión que ni siquiera es pensable, la nada, sino porque este, como lo advertía Nietzsche, parece erigirse en el estado “normal” de “la época presente”, heredera, sin duda, de la del vapor. Por otra parte, en íntima relación con el nihilismo, también se ha señalado, esta vez con Hegel, que “la época presente”

está marcada por el espíritu de la escisión y del extrañamiento. Así se está ante una Era en la que debido al principio de subjetividad que reina en ella, todo está mediado por la discordia, como lo notó el filósofo de Stuttgart. En otras palabras, se asiste a un tiempo en el que se ha acentuado la grieta que ha caracterizado la relación de los seres humanos entre sí y con la naturaleza. En breves términos, “la época presente” es una en la que la subjetividad ha terminado siéndolo todo y el mundo nada. En últimas, se trata de una época en la cual todo se somete al poder de una razón que se mueve a sus anchas, como si fuera una máquina que produce todo y, con ello, incrementa la nada. Se hace referencia, de esta suerte, a una Era herida por el espíritu que todo lo niega.

También se ha dicho que “la época presente” ha terminado por acentuar el individualismo, el cual ha roto la idea misma de colectividad, aunque, paradójicamente, esta sea asimismo una época en la que el individuo ha sido arrojado en el más cruel estado de nivelado. Por ello, no resulta fortuito que se esté ante una época en la que la escisión ha terminado siendo un problema existencial, como indicó en su momento Friedrich Jacobi. La escisión no se reduce de este modo a un asunto formal que le compete solo a un determinado periodo o sistema filosófico, sino que también le concierne a la existencia. Que esta (la escisión) no se reduce solo a una simple separación, sino que es una herida. Nada nuevo en un tiempo en el que no solo es posible la nulidad de toda existencia, sino el hecho contundente de que el ser humano entra en contradicción consigo mismo, lo que lleva, desde el punto de vista de Jacobi, a la enfermedad, la desesperación y la angustia¹. En síntesis, a la conciencia “de que la existencia se ha tornado problemática y enferma y el dolor es la experiencia universal” (Villacañas, 1989, p. 40).

A esta última dimensión fue justo a la que emparentó Martin Heidegger, la herida. Esto es, con un ámbito que desborda la racionalidad. En palabras de Juan Manuel Garrido citadas en la

1 Conviene comparar este planteamiento con lo expresado por Byung-Chul Han en su libro *La sociedad del cansancio*, donde dice, por ejemplo: “a la sociedad disciplinaria todavía la rige el *no*. Su negatividad genera locos y criminales. La sociedad de rendimiento, por el contrario, produce depresivos y fracasados” (2015, p. 27)

introducción, el dolor es lo que permite instaurar una memoria y una historia auténticas, pues habla desde el silencio. Así, el dolor, la herida, como considera Martin Heidegger, es lo que separa y reúne. Dicho en palabras de Paul Celan, la herida es el ámbito mismo de la “comparecencia del dolor”, del reconocimiento de la propia levedad. Esta es, justo, la razón por la que, si se pretende curar la herida, se torne necesario tener en cuenta lo asumido por el filósofo y el poeta, incorporar la herida al sentido de la propia existencia, asumirse como *Da-sein* o, lo que es lo mismo, como lugarteniente de la nada. Esto fue lo que comprendió Beuys. De ahí que para él resulte imperioso *mostrar las heridas*, no solo para sanarse a sí mismo, sino ante todo a una época gravemente enferma.

En este orden de ideas, hicimos notar además que lo más propio de “la época presente” no es solo el hecho de que esta está signada por el espíritu de la escisión, sino por el hecho de ser ella misma una herida, el lugar de la comparecencia del dolor. Pero, ¿cómo se hace manifiesto ésta herida? De múltiples maneras, como se quiso demostrar en cada uno de los capítulos de este libro. Así, en “la época presente”, la herida se revela de forma contundente en el trabajo enajenado y en el desarrollismo, lo que se puede caracterizar con la frase de Marx-Engels en el *Manifiesto del partido comunista*: “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

Además, la herida se muestra de manera tajante en el hecho de que el ser humano, paradójicamente, pese a volverse extraño a sí mismo, ha terminado sometiendo la tierra a su voluntad. Por este motivo, se ha convertido no solo en una divinidad capaz de despertar las descomunales potencias de la naturaleza, sino, al mismo tiempo, producir el mayor sufrimiento. Así, la herida es posible identificarla en la quiebra del mundo agrario y el ascenso de la industrialización, cuyo fin último es el dominio de la tierra. Igualmente, se puede advertir en el advenimiento de las grandes masas y la fractura del espíritu en la época de la “liquidación total”.

Y, si esto no bastara, hay que señalar que la herida se hace evidente, por otra parte, en el desarraigo de la época y el agotamiento

de la realidad interior en un mundo en el que todo se ha vuelto un triste espectáculo en manos de los medios. En la disolución de los valores supremos y de la moral del borrego, en una época en que el ser humano se sacrifica a sí mismo y a los demás en nombre de la moral o de los “ideales”: la clase social, la patria, el pueblo, la raza, etc. La Era de la fe incondicional en el desarrollo técnico-científico, con el que se justifica, como lo hace el positivismo del siglo XIX, el racismo, la xenofobia y el totalitarismo. Con todo, si hay un lugar en el que la herida muestra su lado más siniestro es en la *Gran Guerra*.

Y, no es para menos, esta crea una condición en la que los seres humanos pasan a ser meras individualidades sin yo en una tierra de nadie. De ahí que en la época de la *Gran Guerra* la herida se ponga de manifiesto en esa nefasta tendencia autodestructiva que se incuba en todos los seres humanos. En el crepúsculo espiritual que revela el abandono mismo del ser. No es casual por eso que en tales épocas la herida se haga patente de modo brutal en la devastación a la que llevan unos seres humanos a otros por medio de sofisticadas máquinas, y en la destrucción de su medioambiente. En palabras de Ernst Jünger, en la *Gran Guerra* la herida se hizo monstruosamente visible, porque en ella hasta la muerte se democratiza, pues no establece ninguna distinción. También la herida se hace palpable en la desolación que siente aquel que queda en la retaguardia en una época en la que se pasó del asesinato al genocidio y de este último a la indiferencia.

Dicho de manera categórica, la herida revela su lado más oscuro en una época en la que se da la metamorfosis del hombre por el dolor. En la que se hace efectiva la precariedad de la existencia por estar marcada por la voluntad de nihilidad, el terror, la desesperanza y en la que triunfan el dolor y el miedo. Como señaló Heidegger, en una época moldeada por “la huida de los dioses, la destrucción de la Tierra, la masificación del hombre, la prevalencia de la mediocridad” (2001, p. 49) y en la que, como lo advirtió también Friedrich Nietzsche, el desierto crece. En las sombrías palabras del poeta Jean Paul Richter, en un tiempo en el que “todo [puede ser] unificado y nivelado bajo la capa indistinta de la nada infinita” (2005, p. 43). Y, lo peor, tallado por la más inquietante de las preguntas: “si [esta es una época en la cual] cada uno es padre y creador de sí mismo, ¿por qué no puede ser

su propio ángel exterminador?” (Jean Paul, 2005, p. 53). En una Era en la que “si Dios no existe, todo está permitido”, como lo anotó de manera tan aguda Fedor Dostoievski; en la que “todo vale porque ya nada vale” y en la que ronda, por todas partes, ese, “el más inquietante de todos los huéspedes”. En fin, la herida se manifiesta en la Era del gran cansancio y de la voluntad de nada en la que se desvaloriza la propia vida, la naturaleza, el cuerpo, el aquí y el ahora. Expresado de otra manera, en la Era de la voluntad de poder en la que “quien tiene la fuerza tiene también el derecho”, como lo entrevió Goethe. En una época marcada por el dominio de la brutalidad calculadora del *ego volo* y el olvido del ser.

Y, todavía se pregunta, ¿por qué este es un tiempo que requiere con urgencia de cuidado? ¿Dónde hallar el hilo de Ariadna que permita salir del laberinto en el que nos ha sumido el nihilismo? En este libro, para dar respuesta a esto, nos hemos fijado en la salida propuesta por el artista Joseph Beuys, pues su actitud permite, tal como declara Eric Fromm, que “el hombre [se viva] a sí mismo [como un] extraño en el mundo, como ajeno a sí mismo y a la naturaleza, [Por ello] para poder volver a ser uno consigo mismo, con sus semejantes y con la naturaleza, (...) [requiere] tener conciencia de la escisión que hay entre él como sujeto y el mundo como objeto, como condición para vencer esta misma escisión” (2004, pp. 113-114).

Él invita, como ya se ha subrayado insistentemente, a *mostrar las heridas*, a dejar “hablar” a *Shibboleth*, para así dejar que brote de nuevo la vida de las cenizas del gran cansancio. Él impele a hacer de nosotros mismos y de la colectividad humana una verdadera obra de arte mediante la plástica social. Impulsa a cambiar nuestro antiguo modo de relacionarnos entre sí y con la naturaleza. A cambiar el trabajo enajenado por el concepto ampliado de arte, mediado por el principio de creatividad y no por una relación destructora con el mundo que nos rodea. Así, ver el arte como “la única terapia prometedora de éxito para curar a la larga las heridas individuales y sociales” (Stachelhaus, 1990, p. 176). Por eso, lo sabía Friedrich Nietzsche, “solo como fenómeno estético está *justificada* la existencia

del mundo” (1984, p. 31). Admitir una nueva manera de ser en este mundo en la que ya no se le dé la espalda al sufrimiento. Un nuevo modo de ser en el aquí y en el ahora, en el que se construya “la memoria del olvido mismo, la verdad del olvido” (Derrida, 2002, p. 62), puesto que allí converge lo propio y lo ajeno, lo ausente y lo presente, la vida y la muerte.

Insta a tener conciencia de nuestro propio dolor, porque se ama la vida. Bellas palabras sin duda. Sin embargo, estas no son tan solo un sueño vano, sino que conminan a una búsqueda que permita construir un mundo en el que todos los humanos puedan suplir sus necesidades básicas, haya trabajo para todos, el ama de casa sea remunerada –por citar solo algunos ejemplos–. En última instancia, donde todo hombre sea soberano y en el que *La rivoluzione siamo Noi* (La revolución somos nosotros). A construir un mundo, en el que no solo se explote la naturaleza, sino se la *cuide*, y se entable un diálogo permanente *con lo extraño* para entender así lo más propio. En términos de Martin Heidegger, hacer “aparecer lo bello en el proyecto de la naturaleza” (2005, p. 150).

Todo esto no dejan de ser palabras vacías, si no van acompañadas de la respuesta a la pregunta: “¿Por qué la nada y no más bien el ser?”, pero, sobre todo, de ser una decisión política esencial: “fundar y construir una Polis” (Heidegger, 2005, p. 97), cuya base sea una nueva “donación del $\delta\epsilon\acute{\iota}\sigma$ ”. -De ahí el giro a esta pregunta ¿por qué la nada y no más bien el $\delta\epsilon\acute{\iota}\sigma$?-, En otras palabras, instaurar una Polis en la que haya sido expulsado el más inquietante de todos los huéspedes, aunque no su sombra. Asumir, de manera radical, compartir la custodia del $\delta\epsilon\acute{\iota}\sigma$. ¿Acaso no se refería Nietzsche con esto al heroísmo trágico? Dejemos por el momento estas especulaciones, resulta necesario dejar hablar la herida, pues solo allí nos será dado encontrar la cura. Lo anterior ya lo sabía Télefos: lo que hiere es lo mismo que salva. Con razón dijo el autor del *Zaratustra*: “incluso en la herida continúa habiendo una fuerza curativa” (1998, p. 27).